

The background of the entire image is a close-up photograph of several vibrant red roses scattered on a rustic, greyish-brown wooden surface. The roses are in various stages of bloom, with some showing long, thin petals that have been plucked and are lying on the wood. The lighting is soft, highlighting the texture of the rose petals and the grain of the wood.

Cenizas del pasado

CHRIS RAZO

Las heridas del pasado, terminan
por sanar, y los recuerdos vuelan
con el viento

SENTIMIENTOS ENCONTRADOS

CHRIS RAZO

© Todos los derechos reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, sin el permiso previo y por escrito del autor.

Copyright © Cristina Po.V/ Christine Poves 2016

©Chris Razo, marzo 2019

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

Capítulo 1

Hace más de una semana que me enteré de que estaba embarazada. Hoy he ido al ginecólogo y me ha dicho que todo está bien. Volverá a verme en un mes para ver cómo va todo.

Tengo que reconocer, que no es algo con lo que yo contara en este momento, y lo que más me preocupa, es lo lejos que estoy de mi familia, y de la gente que quiero.

Estoy segura de que mis padres estarían locos de contentos si se enteraran, pero también sé que me dirían que tengo que volver a casa. Y en este momento, no sé si eso, es lo que quiero.

Estoy asustada. Llevo toda la semana hablando con Diego, y no he sido capaz de decirle la verdad. No ha parado de mandarme mensajes, diciéndome lo mucho que me echa de menos. Y lo cierto es que yo también. No he parado de pensar en él, ni un segundo, pero no creo que sea buena idea contarle que va a ser papá. Después de todo lo que me contó en su carta. Creo que ser padre, no entra en sus planes en este momento.

Días después...

—Hola, nena. ¿Cómo estás? ¡Qué complicado es localizarte! ¿Dónde te metes? —me dice Elena.

—Hola. Lo siento. No he tenido unos días demasiado buenos. Perdóname.

—¿Estás bien? ¿Ha ocurrido algo? ¿El bebé está bien?

—Todo está bien. La que no está bien, soy yo. Esto me está viniendo grande. Me siento muy sola, perdida, y embarazada. No sé qué hacer.

—¡No entiendo porque no le cuentas la verdad! ¡Tiene todo el derecho, Triana!

—¿Para qué? ¿Para que vuelva con sus inseguridades, y me diga que no quiere a ese niño?

—¿Quién te ha dicho que pasará eso? ¿Por qué no piensas un poco en esa criatura?

—¡No quiero seguir hablando del tema!

—Triana, si no se lo dices tú, se lo diré yo. No es justo tener a la persona que quieres engañado.

—¡No tienes ningún derecho a contarle nada, Elena!

—Tú tampoco tienes derecho a engañar a alguien sobre su paternidad. ¡Eso es algo muy serio!

—No quiero seguir hablando del tema. Hablamos otro día. ¿De acuerdo?

—Vale. Pero, aunque te enfades te va a dar igual. —Cuelgo.

Estoy cansada de que todo el mundo opine sobre mi vida. Creo que es una decisión que debo de tomar yo sola, sin que nadie me diga nada.

Sé que tiene todo el derecho a saberlo, pero no sé qué pasará cuando se lo cuente.

Capítulo 2

Después de darle muchas vueltas al asunto, he decidido llamar a Diego para que venga este fin de semana. Necesito contarle la verdad, y que él mismo decida lo que quiere hacer.

Solo quedan dos días para que el ansiado encuentro se produzca, y yo solo puedo sentir miedo. No quiero perderle, pero también sé que no se merece que le engañe con algo así.

En el trabajo, no paro, y mi mente no deja de pensar en el fin de semana.

Esta noche veré a Diego, y aunque estoy ansiosa por el reencuentro, no puedo dejar de pensar en lo que sucederá cuando le cuente la verdad.

A las diez estoy en el aeropuerto de *Fiumicino*. Miro las pantallas, y pone que el vuelo ha llegado. Estoy a un paso de verle, de volver a tocarle, de tenerle cerca. Después de quince días sin verle, por fin, volvemos a encontrarnos.

Viene con su traje, y aunque tiene una sonrisa en la boca, su cara, denota que está muy cansado. Se acerca a mí, y me abraza con una fuerza increíble. Me besa y me sonrío.

—Hola, nena. ¡Estás preciosa! Como siempre.

—Gracias. ¡Tú sí que estás guapo! ¿Cómo ha ido el vuelo?

—Bien. No se tarda casi nada, y ha sido un viaje tranquilo. ¿Llevas mucho tiempo esperando?

—No. Hace un rato que he llegado. ¡Vámonos! Tenemos muchas cosas de qué hablar.

—¡Vaya! ¿Para tanto han dado estos quince días?

—Sí. Han dado para bastante.

Nos vamos a por el coche. En el camino hablamos de mis padres, de Elena, de Darío..., pero no saco el tema que de verdad me preocupa. Prefiero dejarlo para la cena. Le llevo a un restaurante cerca de mi casa.

—¡Este sitio es precioso! ¿Tengo que ponerme celoso?

—¿Celoso por qué?

—Porque alguien te haya traído aquí.

—No. Me trajo la chica que me estuvo ayudando con la mudanza. Y de vez en cuando vengo a comer aquí. Mi casa está aquí al lado.

—Tu casa. ¡Qué bien suena!

—A mí todavía me suena raro.

—¿Va todo bien por aquí?

—Sí. Haciéndome a las costumbres, al trabajo, a la gente.

—¿Echas de menos Madrid?

—Echo de menos Madrid, echo de menos mi trabajo, mis compañeros, a mis padres, a Elena. Y te echo de menos a ti, Diego.

—Yo también te echo de menos. Sabes que puedes volver cuando quieras.

—Lo sé. Pero, ahora mismo no pienso en volver. Aunque quizás lo haga antes de lo previsto.

—¿Por qué?

—Tengo que contarte algo Diego. Pero no sé cómo empezar, ni sé cómo te lo vas a tomar.

—Me estás asustando.

—No es para asustarte, pero agárrate que vienen curvas.

—Dime algo ya, Triana.

—Vale. Ahí va: Estoy embarazada. —Se hace un silencio. Su cara cambia por completo, pero no dice nada.

—Diego, yo...

—¿Embarazada? ¿Y es mío?

—¡Por supuesto que es tuyo! Yo no me he acostado con Jorge sin protección.

—¿No tienes ninguna duda?

—¿De qué? ¿De que seas el padre?

—¡No, Triana! De que estés embarazada.

—Claro que no la tengo. Me hice la prueba. Y ya he ido al ginecólogo.

—¿Está todo bien? ¿Tú cómo estás?

—Está todo bien, Diego. Con las molestias normales de una embarazada, pero voy mejor.

—Entonces... tus mareos y tu malestar. ¿Era por qué...?

—Claro. Pero, yo ni lo pensé. Me di cuenta estando aquí.

—¿Y por qué no me has dicho nada?

—Porque estaba acojonada. No me planteaba ser madre, pero mucho menos, en este momento.

No sabía cómo te lo ibas a tomar, y no me parecía muy correcto decírtelo por teléfono. Por eso te pedí que vinieras.

—Yo tampoco me planteaba ser padre. Y te confieso que me ha pillado por sorpresa. Lo último que me podía imaginar es que me fueras a decir es que estás embarazada.

—Lo sé. Y solo puedo decirte que, no ha sido aposta. Que yo no quería ser madre en este momento, pero fui una inconsciente al hacerlo sin protección. ¡Yo tengo la culpa!

—No digas tonterías. No hay culpables, pero si los hubiera, seríamos los dos, por partes iguales. No se acaba el mundo, Triana.

—¿Me lo dices en serio?

—Por supuesto que sí. ¿Qué pensabas? ¿Qué te iba a decir que abortaras?

—No esperaba tanta templanza por tu parte.

—Vamos a ser papás, Triana. Es un hecho. Y lo único que podemos hacer, es cuidar de esa criatura. ¿No crees?

—Sí. También quiero que entiendas, que ser padre, no te conlleva a tener ningún compromiso conmigo. Solo quiero que nos llevemos bien por el bien del niño, pero quiere decir que tengamos que estar juntos.

—No pienso dejarte sola. Ya veremos cómo nos organizamos, pero no pienso dejarte sola. Ni a ti, ni a mi hijo. —«Suenan tan bien esas palabras en su boca». Nunca pensé que pudiera tomárselo tan bien. Al final, mi miedo se ha transformado en felicidad.

—Gracias.

—No tienes por qué dárme las, nena. La responsabilidad es tanto tuya, como mía. Lo que no voy a consentir, es que estéis alejados de mí. Quiero cuidaros. Plantéate que tienes que volver a Madrid. No quiero que estés aquí sola, Triana.

—No puedo irme ahora, Diego. Tengo un compromiso con la empresa. No puedes pedirme eso.

—¿Entonces? ¿Qué vas a hacer tú aquí sola?

—Puedo estar sola. No estoy enferma. Solo estoy embarazada.

—Ya sé que no estás enferma, pero tienes que estar con alguien que te cuide. Los primeros meses son complicados. Tienes que estar tranquila.

—No quiero hablar más del tema, Diego. Ya tendremos tiempo de decidir sobre eso.

—Está bien. Pero no pienses que te vas a salir con la tuya. ¿Tus padres saben algo?

—No todavía no. Solo lo sabe Elena. No sé cómo decírselo.

—Creo que tus padres van a estar encantados.

—Sí. Yo también lo creo. Creo que un nieto es lo mejor que puedo darles en este momento.

—¿Y lo has visto? ¿Sabes qué es?

—No, Diego. Es muy pronto. Dentro de un mes, tengo cita otra vez con el ginecólogo. Ahí me dijo que podría escucharle el corazón.

—¡Quiero estar presente en ese momento!

—Por supuesto. Eres su padre.

—¿Estás contenta?

—La verdad es que cuando me enteré, fue como un jarro de agua fría, pero desde que fui al ginecólogo, me siento muy feliz. Con mucho miedo a lo desconocido, a no saber cuidarlo, a no saber darle lo que necesita...

—Tranquila. Serás una madre estupenda.

—Seremos unos padres estupendos.

Capítulo 3

El fin de semana se hace demasiado corto. Estar con Diego, siempre resulta perfecto. Hemos hablado de todo, y aun me parece increíble cómo se ha tomado el tema de ser papá.

Ha sido un fin de semana increíble. Se ha ido hace menos de una hora y ya le estoy echando de menos.

Se me va a hacer mucho más difícil estar sin él ahora, que sabe la verdad.

El fin de semana que viene me ha prometido que vendrá a verme, y que hablaremos de lo de quedarme aquí (algo de lo que no está muy de acuerdo). No quiero dejar mi trabajo, pero también sé que lleva razón. Mi familia, y él están demasiado lejos. «*¿Qué se supone que debo hacer? ¿Dejar mi sueño? Quizás mi sueño en este momento haya cambiado de rumbo*».

Al día siguiente, el tiempo da un giro de trescientos sesenta grados. El día está lluvioso, y el tráfico en Roma, se vuelve complicado.

Por suerte, el día pasa muy rápido y cuando me doy cuenta es la hora de irme a casa. Decido llevarme algunas cosas de trabajo a casa, para poder adelantar algo.

Cuando salgo, el temporal es terrible, y todo se complica, cuando mis papeles caen al suelo empapándose sin remedio porque alguien me empuja por la calle.

—Lo siento. Perdóname. Iba tan deprisa que ni te he visto. Lo siento.

—Acabas de hacerme una faena.

—Lo siento. ¿Son papeles importantes?

—Son papeles del trabajo, sí. —Se pone a recogerlos como loco. Y vuelve a meterlos en mi carpeta. —De verdad que lo siento. Espero que tenga remedio. Si necesitas cualquier cosa dímelo, por favor. Me siento fatal.

—No te preocupes. Trataré de solucionarlo.

—No me he presentado. Soy Alessandro. Alessandro Dotelli.

—Encantada. Yo soy Triana. ¿Italiano?

—No. Español por Italia.

—¡Vaya! Por tu apellido, y tu acento nadie lo diría.

—Mi padre es italiano. He viajado mucho.

—¿Vives aquí?

—Hace seis meses que vivo aquí. Aunque no estaré mucho tiempo.

—Perdona. Soy una cotilla.

—No te preocupes. ¿Y tú? Italiana desde luego no eres.

—¿Tanto se me nota? —Reímos.

—Yo diría que un poco.

—Española, y trabajando por aquí. Alessandro, tengo que irme. Encantada de conocerte.

—Igualmente. Siento que haya sido en estas circunstancias. —Coge un papel y saca un boli de su bolsillo. —Llámame cuando quieras, o si necesitas algo. Espero poder compensarte esto que ha pasado. Un gusto conocerte, Triana. —Me deja el papel y se va.

Sin duda, un chico muy atractivo y muy amable.

Guardo el papel. Aunque no pienso llamarle.

A la mañana siguiente, todo es un caos. No he podido encontrar uno de los papeles que me llevé ayer a casa.

Mi compañero, al verme tan angustiada, me pregunta:

—¿Estás bien?

—Sí. Solo que...

—¿Qué ocurre, Triana?

—He perdido unos papeles del último proyecto, y no sé qué hacer.

—¿Dónde lo perdiste?

—En realidad, no lo perdí. Se me mojaron ayer. Llevo toda la mañana tratando de encontrarlo y no lo consigo.

—No te preocupes.

—¿Qué no me preocupe? Tengo que entregar un informe antes del lunes. Y me faltan datos.

—Triana, no pasa nada. Todos los archivos tienen copia de seguridad. Imagínate si no guardáramos los papeles, y no tuviéramos copia de seguridad. Esto sería un caos.

—¿De verdad hay una copia de seguridad?

—Claro que sí. Solo tienes que pedirselo a Francesca. Ella tiene todo guardado en su ordenador.

¡Quita esa cara de preocupación, mujer!

—Acabo de sentir un alivio inmenso, de verdad. Estaba asustada.

—Se te ve. No te preocupes. ¿Quieres que se lo pida yo?

—No. No te preocupes. Puedo hacerlo yo. Gracias.

—No tienes por qué darlas. Y la próxima vez, pide ayuda. Para eso estamos aquí.

—Gracias. Te debo una.

—Me lo cobraré, española. No te preocupes. —Me guiña un ojo, y vuelve a su mesa. Es increíble ver como a pesar de llevar tan poco tiempo en la empresa, la gente se vuelva por hacerme un sitio.

Marco es encantador. Siempre me acerca un café a la mesa, y me da los buenos días.

Me siento tan bien aquí, que ni siquiera me planteo el irme otra vez. Aunque sé que Diego no estará de acuerdo con mi decisión, yo no quiero irme de aquí. Aquí está mi trabajo, y mi sitio, por lo menos, de momento.

Esa misma noche, Diego me llama para confirmarme que mañana viene a verme. La semana ha pasado más rápido de lo que imaginaba. Creo que el saber que iba a volver a verle a influido bastante.

Capítulo 4

Hoy por fin viene Diego. Dos días con él, se me hacen demasiado cortos. No sé si podré acostumbrarme a verle solo de vez en cuando, ahora que las cosas entre nosotros van tan bien.

Por la tarde le recojo en el aeropuerto, y al vernos, nos fundimos en un tierno abrazo.

—Te he echado de menos —le digo.

—¿Tanto cómo para replantearte que quieres volver a Madrid?

—No, tanto no. —Rio.

—¿Cómo ha ido la semana?

—Bien. Mucho trabajo, y poco tiempo para mí. ¿Y tú? ¿Muy ocupado?

—Igual que siempre. Tengo que hablar contigo de unas cosas, pero preferiría que fuera con el estómago lleno. ¿Te parece que vayamos a cenar hoy a algún sitio?

—Como tú quieras. Pero no muy tarde, que últimamente mis digestiones no son muy buenas.

—¿Te has sentido mal?

—Quitando las náuseas, los mareos, el cansancio, y la pesadez de estómago, me he sentido estupendamente.

—No sé por qué no vas al médico.

—Porque ya he ido, Diego, pero me ha dicho que es todo normal. No me pasa nada, solo estoy embarazada. Hay mujeres que lo llevan mejor, y otras que lo llevan peor. Yo soy de las segundas.

—¡Encima, aquí sola! ¡Eres una cabezota!

—Tengo a quien parecerme. ¡Venga! Deja el tema, que presiento que esta noche vas a torturarme con ello.

—Con ese, y con otros muchos. —Me coge la mano y nos vamos al coche. He logrado calmar las aguas, pero sé que volverá a sacar el tema esta noche.

Vamos a cenar a un restaurante del centro de Roma. Con todo el tiempo que llevo aquí y todavía no había conocido este sitio. Cenamos tranquilamente, pero minutos más tarde las cosas se tensan.

—Quiero decirte algo. —me dice.

—¿Qué es?

—Quiero que te vengas a Madrid, y no acepto un no por respuesta.

—Creía que ya había quedado claro ese tema.

—Creía que habías entendido que no te quiero lejos de mí.

—No voy a dejar mi trabajo, Diego. No quiero hacerlo. Quedarme aquí sola no es una idea que me apasione, pero irme, no entra en mis planes.

—¿Por qué no dejas de pensar en ti?

—Esa pregunta deberías de hacértela tú, ¿no crees?

—Yo no puedo venirme aquí y lo sabes. No puedo dejar la empresa.

—Yo no te he pedido que lo hagas.

—Además, Diego, no entiendo a qué viene todo esto. Cuando me fui, me dijiste que entre nosotros no había ningún compromiso. Es más, me escribiste una carta de la que nunca hemos vuelto a hablar.

—Ahora las cosas son diferentes.

—¿En qué son diferentes? ¿En qué estoy embarazada?

—Yo...

—Mejor no digas nada. Sobran las palabras. La única verdad que hay, es que estás aquí porque

estoy embarazada. De otra manera, jamás hubieras venido.

—Eso no es verdad.

—Quiero que nos vayamos. Estoy muy cansada.

—No quiero discutir contigo.

—Demasiado tarde.

Cogemos las cosas y nos vamos a casa. No nos dirigimos la palabra en todo el camino. No pienso dar mi brazo a torcer. No entiendo porque tengo que volverme a Madrid solo porque él me lo diga.

En estos momentos, no sé si está aquí porque me quiere, o solo porque estoy embarazada.

—Creo que lo mejor es que me vaya a un hotel.

—Si quieres puedes quedarte.

—No creo que sea lo mejor. No quiero que la noche sea más incómoda de lo que es ya.

—Como tú quieras.

—Mañana hablamos. Descansa.

—Tú también.

—Buenas noches.

Me bajo del coche y subo a casa. La noche no ha ido como esperaba. Las ganas que tenía de estar con él, se han esfumado.

Capítulo 5

«He tenido que volver a Madrid. Tenemos una conversación pendiente. Las cosas no van a quedarse así. Me voy con mal sabor de boca por no poder despedirme de ti».

Con esas bonitas palabras me despierto el sábado. Enterándome de que se ha ido. De nuevo ha huido cuando las cosas se complican. *«¿Qué espera que haga? ¿De verdad tengo que entenderle? Esto es demasiado para mí».*

Me levanto, desayuno, y decido ponerme a trabajar. Es el mejor remedio para distraer la mente. Muevo los papeles para comenzar a trabajar, y como por arte de magia, aparece el papel que Alessandro me dio en la calle. Lo miro, y pienso. ¡No, no! ¡Es una locura! ¡Cómo voy a llamar a un desconocido! Puede pensar cosas que no son.

Lo cierto es que de cualquier persona desconfiaría, pero ese chico, no sabría explicarlo, pero tiene algo. Algo que me da ternura, y que me dice que puedo fiarme de él.

Al fin, decido poner un mensaje. Creo que no hay nada de malo en eso.

TRIANA_12:00

Hola. Soy Triana. La chica a la que tiraste los papeles. Solo te escribía para decirte que puedes estar tranquilo. Logré solucionarlo y todo se quedó en un susto. Espero que no te haya quitado el sueño el incidente.

Enviado. Debo de ser la mujer más idiota del mundo. Parezco una quinceañera mandando mensajes. Para mi sorpresa, recibo respuesta al momento.

ALESSANDRO_12:02

Hola. ¡Qué sorpresa! Ya había perdido la esperanza de que me escribieras. Me alegro de que la cosa se solucionara. He de decirte que he estado bastante preocupado por los papeles, pero no tenía como comunicarte contigo. Ni siquiera sé si trabajas en ese edificio. Al día siguiente, volví a pasar por allí a la misma hora, por si volvía a verte, pero no fue así. No pienses que soy un psicópata. Me sentía muy culpable.

TRIANA_12:04

¿De verdad pasaste por allí? Trabajo allí. En la octava planta. ¿Crees que es demasiada información para un psicópata? Hoy ya podrás dormir a pierna suelta. La loca de los papeles te da permiso.

ALESSANDRO_12:05

Claro que pasé por allí. Estuve un rato dando vueltas. Es más, creo que alguien sí que pensó que era un psicópata. Un hombre parado frente a un edificio, mirando el reloj, y dando vueltas en círculo. Gracias por el permiso, loca de los papeles, sin duda, el psicópata te lo agradece. ¿No tiene ningún plan señorita loca de los papeles?

TRIANA_12:07

¿Piensa proponerme algo señor psicópata?

ALESSANDRO_12:08

¿Una cena, un café?

TRIANA_12:09

Me quedo con el café. Aunque no sé si deba fiarme, con la descripción que usted hace de sí mismo.

ALESSANDRO_12:10

Sabes que uno siempre tiende a exagerar con lo que cuenta de uno mismo. Entonces..., ¿un café?

TRIANA_12:11

¿Con leche?

ALESSANDRO_12:13

Con lo que usted quiera, señorita. ¿Dónde le apetece tomarlo?

TRIANA_12:14

¿En una cafetería?

ALESSANDRO_12:15

¡Vaya! Me ha leído el pensamiento. Creo que hay unas trescientas mil cafeterías en Roma.

¿Podría concretar el sitio?

TRIANA_12:17

¡Es usted el entendido en cafés! Dime sitio y hora, y allí estará la loca de los papeles.

ALESSANDRO_12:18

Te veo en *Via della Pilotta* a las cinco.

TRIANA_12:19

Allí estaré, puntual.

«¿De verdad acabo de quedar con un desconocido para tomar café? Parece que te gusta complicarte la vida, Triana.»

Después de comer, me pongo algo de música, cuando mi teléfono se para. Es Diego. Lo cojo.

—Hola. —respondo.

—Hola. Solo quería decirte que ya he llegado. ¿Cómo estás?

—Bien. ¿Y tú? ¿Cómo ha ido el viaje?

—Bien. Siento haberme tenido que ir. Tengo que reunirme con unos inversores.

—No te preocupes. El trabajo es lo primero.

—Sí. Pero, eso debe de cambiar.

—No quiero discutir, Diego.

—Yo tampoco. Quiero que hablemos, y arreglemos las cosas. No quiero que estemos enfadados, y menos cuando estamos tan lejos.

—Lo sé. Yo tampoco. No estoy orgullosa de lo que te dije ayer.

—Yo siento que pienses eso de mí, Triana.

—Yo...

—No digas nada. Sé que es lo que piensas, pero quiero demostrarte que no es la verdad. Quiero demostrarte que estoy a tu lado porque te quiero, y no solo porque estés embarazada.

«¿Acaba de decirme que me quiere? ¿Así en frío?»

—Como tú has dicho, Diego, tenemos una conversación pendiente. Y te aseguro que la tendremos.

—He pensado que podríamos ir el próximo fin de semana a ver a tus padres. ¿Qué te parece?

—No sé si estoy preparada para ir todavía.

—Creo que ya va siendo hora de que tus padres se enteren.

—¡Claro! Quieres ganarte aliados. Sabes que en cuanto que mi padre se entere, no va a estar de

acuerdo con que me quede sola aquí.

—¿No piensas decírselo nunca?

—Déjame que yo decida cuando contárselo, Diego. Déjame pensarlo.

—Está bien. Como tú quieras. Tengo que dejarte. Te llamaré esta noche para saber que tal estas. Colgamos.

Diego no va a darse por vencido. Sabe que solo no va a conseguir nada, pero que mi padre puede ayudarle mucho.

Sé lo que me espera en casa, pero también sé que ya va siendo hora de decir la verdad. Van a ser abuelos, y tienen todo el derecho de saberlo.

Capítulo 6

Ya son las cinco. Y estoy frente a la cafetería de *Via della Pilotta*. Esperando a el psicópata que me tiro los papeles: Alessandro. Por fin, le veo aparecer y me acerco a él.

—¿Señor, psicópata?

—¿Loca de los papeles?

—La misma. —Los dos reímos.

—¿Café? —pregunta

—Con dos azucarillos. —le guiño un ojo.

—Vamos dentro.

Entramos en la cafetería y no para de mirarme. Nos sentamos e iniciamos la charla.

—¿Qué hace una española por estos lugares?

—¿Qué hace un español en Italia?

—Es una buena pregunta. Pero contéstame tú primero.

—Mi respuesta es simple. Un buen trabajo y una terrible necesidad de cambiar de aires.

—Es una buena respuesta.

—¿Y tú?

—Huir. Esa es la verdad.

—¿Y de que huyes?

—De lo más peligroso que tiene la vida.

—¿De qué?

—Del amor.

—¿Mal de amores?

—Sí. Podríamos decir que sí.

—Te entiendo.

—¿Tú también sufres de eso?

—Sí. Pero, lo mío, es mucho más complicado.

—¿Tiene arreglo?

—Buff..., no lo sé. ¿Y lo tuyo?

—¿Tiene arreglo enamorarte de una persona que no lo está de ti?

—No tengo esa respuesta. Pero, si la encuentras. Estaré encantada de que la compartas conmigo.

—¿Enamorada?

—Hasta los huesos.

—Creo que mejor que un café, nos vendría mucho mejor una copa.

—No puedo beber.

—¿Por?

—Bueno no te conozco desde hace mucho, en realidad, no te conozco de nada, pero, me inspiras mucha confianza. Estoy embarazada, Alessandro.

—¿En serio?

—Sí.

—¡Vaya! ¡Eso es increíble! Eso creo. Yo no he sido padre.

—Yo tampoco, pero me parece increíble también.

—Ya sé que no tengo porque hacerte esta pregunta, pero..., ¿y el padre?

—El padre en Madrid. Enfadado porque no corro a su lado.

—¿Y por qué no lo haces?

—Porque no estoy segura de sí está conmigo porque de verdad me quiere, o solo porque sabe que estoy embarazada.

—Lo siento.

—No te preocupes. Supongo que es normal. Nadie quiere dejar solo a su hijo digo yo.

—No sé qué opinará el al respecto, pero no creo que solo por el hecho de tener un hijo quiera estar contigo, pero quizás deberías de preguntárselo a él.

—Cada vez que hablamos, acabamos discutiendo.

—¿Y por qué no quieres volver?

—Porque hace años que espero este trabajo. Hace años quería estar aquí. Solo dudé en venir por él, y él no movió ni un dedo porque yo me quedara. No dice mucho de él.

—¿Te dejó ir, sabiendo que estabas embarazada?

—No. Ni yo misma sabía que lo estaba. Me enteré una vez que estaba aquí.

—Si es complicada la historia, sí.

—¿Y tu mal de amores?

—Yo me enamoré de alguien que consideraba como de mi familia. Hace años, la veía como mi hermanita pequeña, pero no sé en qué momento todo eso cambió.

—¿De tu familia?

—Sí. La hija de la mejor amiga de mi madre. Yo siempre la he llamado tía. Y yo para ella soy su sobrino.

—¡Vaya!

—¿Y le dijiste lo que sientes por ella?

—Sí. Creo que ese fue mi error.

—¿No...?

—No. No me quiere, Triana. A por lo menos, no de la forma en la que yo quisiera. No puedo hacer nada. Y tampoco puedo obligar a nadie a que me quiera. Eso no va conmigo. Creo que lo tuyo tiene más solución que lo mío.

—Yo el mío sí sé que me quiere, pero no quiere nada serio. Le teme al compromiso. Por eso, creo que nuestra historia, aunque haya un hijo de por medio, no terminará de salir bien.

—¡Vaya dos nos hemos ido a juntar! ¿Brindamos por el mal de amores?

—Brindemos. Aunque sea con café. —Los dos sonreímos.

La tarde se vuelve animada, y estar con él, me da mucha seguridad. Parece que le conociera de toda la vida, y es algo que me encanta. Creo que le he contado más cosas de mi vida a él, que a cualquier otra persona. No me importaría repetir este momento de nuevo.

—Creo que debemos de irnos. —le digo.

—¿Tienes prisa?

—Mañana quiero hacer unas cosas del trabajo. Y estoy un poco cansada, pero no me lo tomes a mal. Me lo he pasado estupendamente a tu lado. Tengo la sensación de que nos conocemos desde hace mucho tiempo.

—Yo he tenido esa misma sensación. ¡Y me encanta!

—A mí también.

—Espero que volvamos a vernos, Triana. Creo que tenemos muchas cosas en común.

—A mí también me gustaría volver a verte. Puedes llamarme cuando quieras. Al final, el psicópata ha resultado ser una persona encantadora.

—Sí. Y la loca de los papeles, al final, no es tan loca como parecía.

—Gracias por el café. Espero verte pronto.

—Yo también lo espero, Triana. —Se acerca a mí y me da un beso en la mejilla. —Espero que se solucione todo con ese hombre. Creo que eres una mujer encantadora, y espero que no te deje marchar.

—Gracias, Alessandro. Nos despedimos y pongo rumbo a mi casa.

Ha sido una tarde muy agradable. Por un momento, me he olvidado de todos los problemas que tengo con Diego, y solo me he preocupado de escuchar lo que otra persona quería contarme. Estoy muy contenta. Nunca pensé que una persona que apenas conozco pudiera aportarme tanta confianza. Sin duda, ha sido un día de lo más dispar. Pero, puedo decir que mi noche, por fin, será relajada.

Capítulo 7

Un domingo más en casa, sola, sin ruido, sin gente, sin voces. Eso es lo que más echo de menos: a Elena. Nuestras charlas interminables de noche, nuestros cafés, nuestras cervezas, nuestra casa.

Hace solo unos meses, seguíamos juntas. Parece que ya no queda nada de aquello. Ella está feliz con Darío, viviendo con él. Y yo estoy a miles de kilómetros de casa, y echándola de menos. A ella y a mi familia. Hoy sin duda, no va a ser un buen día para mí.

Decido ponerla un mensaje. Espero que pueda contestarme.

TRAIANA_10:30

Hola nena. ¿Cómo estás? Yo hoy te echo más de menos que nunca. Me acuerdo mucho de ti. Me haces mucha falta. ¿Cómo van las cosas con Darío? Espero que estéis muy felices los dos. Un besito. Te quiero.

Antes de que pueda dejar el móvil en la mesita, alguien me llama. Es Elena.

—Hola.

—Hola, nena ¿Cómo estás?

—Estoy bien. ¿Y tú? ¿Cómo vas con Darío?

—Bien. Algún roce de convivencia, pero bien. ¿Y a ti qué te pasa? ¿Por qué me has mandado ese mensaje?

—Porque te echo de menos.

—Yo también, Triana. Pero, sé que hay algo más. ¿Qué ha ocurrido? ¿Todo bien?

—No sé qué hacer, Elena. No sé qué es lo correcto. Por un parte no quiero irme de aquí, pero por otra os echo demasiado de menos. Y no sé si seré capaz de pasar todo estoy sola.

—Deberías volver. Creo que, en tu estado, es lo mejor. Allí no tienes a nadie. Aquí nos tienes a todos. Quizás, cuando todo esto pase, puedas volver.

—¿Crees que van a guardarme el puesto si decido irme? ¡No Elena! Es ahora o nunca. La vida me está poniendo entre las cuerdas.

—La vida también tiene prioridades, nena. Y este momento, la más importante la llevas en tu vientre.

Entiendo que no quieras venirte todavía, porque estás de poco tiempo, pero no creo que estar sola, a miles de kilómetros de tu casa, y con un bebé en camino, sea la mejor opción. Deberías de plantearte el volver, sentarte a hablar con Diego y aclarar la situación. Creo que eso es lo mejor. Creo que deberías de estar más cerca de las personas que te queremos.

—Lo pensaré de verdad. Pero no quiero precipitarme. Tengo que dejarte. Cuídate.

—Cuídate, nena. Un beso.

Si antes tenía mil dudas, ahora tengo muchas más. Creo que lo mejor sería que fuera a ver a mis padres. Necesito sentirme un poco arropada por ellos. Y creo que por fin, ha llegado el momento de contarles la verdad. Me pongo a mirar vuelos para el próximo fin de semana, y encuentro uno el viernes, que me va perfecto. Rumbo a mi casa de nuevo.

Durante toda la semana, me escribo con Alessandro, nos hemos hecho muy amigos, nos contamos todo, e incluso hemos vuelto a quedar esta semana para tomar café. Hemos profundizado más en nuestras historias de amor. Creo que eso hace que estemos más unidos. Los dos nos entendemos demasiado bien. Me ha dado muy buenos consejos. Y yo he tratado de que arriesgue por lo que él cree, que es el amor de su vida, quizás, esa mujer, todavía no sabe lo especial que puede llegar a ser

Alessandro.

Viernes. Esperado viernes. Rumbo a mi casa. Voy de sorpresa. Solo Diego y Elena saben que voy. A Diego le he pedido que no vaya de momento. Quiero hablar con mis padres yo sola. Esto es algo que tengo que hacer yo. Después, él y yo tenemos una charla pendiente. Y la tendremos. Eso seguro.

A eso de la una, estoy aterrizando. Cojo un Taxi, y en veinte minutos, estoy en la puerta de mi casa, nerviosa, igual que cuando salía por la noche, y llegaba de madrugada, rezando porque mi padre no estuviera despierto, y pudiera entrar sin que nadie se enterara.

Todo está apagado. Abro con mucho cuidado. Veo a *Claudi* correr hacia la puerta.

—Mi niña, ¡qué sorpresa! ¿Qué haces aquí?

—Hola, *Claudi*. ¡Cuánto te he echado de menos! Quería daros una sorpresa. ¿Papá y mamá están dormidos?

—Tu padre está en el despacho, y tu madre seguro que está leyendo en su habitación. ¡Estás preciosa! ¿Quieres comer algo?

—No tengo hambre, *Claudi*, pero un vaso de leche caliente creo que me vendría bien.

—Enseguida te lo traigo.

—¡Qué son esas voces! —Mi padre sale del despacho. —¡Si está aquí mi princesa!

—Hola, papá. —Corro a sus brazos.

—¿Qué haces aquí, cariño? ¿Por qué no me has dicho que venías?

—Era una sorpresa, papá. Tengo que contaros algo importante. Creo que te gustará la noticia.

—Vamos a sentarnos y cuéntame lo que sea.

—Quiero que mamá también esté presente, papá.

—*Claudi*, por favor, llama a mi mujer. Dile que la niña está aquí, y que tiene algo que decirnos.

—Ahora mismo, señor.

—Me tienes intrigado, cariño. ¿Ha ocurrido algo?

—Sí. Pero, no tienes de que preocuparte papá. —Mi madre baja gritando. —¡Hija! ¡Estás aquí!
¡Qué sorpresa, mi amor!

—Hola, mamá. ¿Estabas dormida?

—No, cariño. Y aunque no estuviera, no me importaría despertarme si es por verte.

—Siéntate, mamá. Quiero contaros algo. *Claudi*, por favor, ven tú también.

—Antes de nada, quiero decirnos que os echo mucho de menos. Que estar lejos de vosotros, me ha hecho darme cuenta, de lo mucho que os necesito a todos. Que os quiero de verdad.

También decirnos, que lo que os voy a contar no entraba en mis planes, pero que para mí es una gran alegría, aunque no sepa muy bien cómo llevarlo. Solo espero que a vosotros os haga igual de felices.

—¡Suéltalo, ya hija! ¡Nos estás poniendo nerviosos!

—Ahí va..., ¡Estoy embarazada! —Todo se queda en silencio, y sus caras se descomponen.

—¿Qué? ¿Estás embarazada? ¿Pero...?

—Lo sé mamá, para mí también fue una sorpresa. Estoy de dos meses y algo. De momento todo va bien. Aunque no sé todavía lo que es.

—¡Un nieto! ¡Es estupendo! ¡Me alegro mucho por ti, cariño! Es una noticia increíble.

—¿No dices nada, papá?

—Yo..., Estoy en...

—¿No te alegras, papá?

—¡Por supuesto que sí, hija! Solo que no lo esperaba. ¿Y Diego? ¿Por qué es de Diego,

verdad?

—Claro que sí, papá. Diego está contento.

—¿Y me puedes explicar por qué no estás con él?

—Le pedí que no viniera, papá.

—No aquí. Me refiero a por qué no estáis viviendo juntos. ¿Qué haces tan lejos? ¿Y embarazada?

Quiero que te vengas aquí. ¡No puedes estar sola! ¿Me has oído?

—Papá, tengo que trabajar.

—Sabes perfectamente que no te hace falta.

—Papá, ¿vamos a volver a ese tema? ¡No quiero discutir!

—Ni yo quiero que estés a cientos de kilómetros de aquí.

—Te prometo que lo pensaré.

—Desde luego que lo pensarás. No quiero que estés sola. Vete despidiendo de estar en Italia. Tú familia está aquí. Y no pienso consentir que te pase algo y estés allí sola.

—Vale, papá. Dime que estás contento por lo menos.

—Estoy feliz, hija. Ser abuelo es la mayor felicidad que la vida te puede dar.

Lo cierto es que no hace falta que diga nada. Su cara refleja la felicidad que siente. Mi hijo o hija, va a tener el amor incondicional de sus abuelos, de su madre, y sin duda el de su padre.

Después de un fin de semana increíble con mis padres, vuelvo a tener noticias de Diego. Me llama.

—Hola, Diego.

—Hola, Triana. ¿Cómo estás? No he querido molestarte porque sabía que pasarías el fin de semana con tus padres. ¿Cómo ha ido?

—Bien. Ha ido bien. Están encantados con la noticia. Pero, al igual que tú, no quieren que esté tan lejos.

—Sabía que tu padre no lo consentiría. ¿Has pensado algo?

—No. De momento no. Tengo que pensarlo. Te llamo para contarte algo. En quince días, tengo la revisión del ginecólogo. No sé si querrás venir. Quizás, todavía es un poco pronto para que se deje ver y saber, si es niño o niña, pero me han dicho que podemos escucharle el corazón.

—¿Qué día es? ¡Por supuesto que quiero ir! No hay nada que me haga más ilusión.

—Entonces, aquí te espero. Es el día diecisiete, a las cinco. ¿Podrás faltar al trabajo?

—¡Por ti y por mi hijo lo que sea! ¡Ya lo sabes!

—Gracias, Diego.

—Espero que cuando vaya, podamos hablar.

—Hablaremos, te lo prometo. Tengo que dejarte, Diego. Hablamos más tarde.

—Un beso.

Los días pasan demasiado rápido. Solo quedan tres días para poder escuchar a mi bebé, y estoy muy ilusionada.

Hoy me reúno con mi jefe, para contarle que estoy embarazada y la decisión que he tomado. Estoy nerviosa, pero sé que estoy tomando la decisión correcta.

—Toma asiento, Triana.

—Gracias.

—Dime, ¿de qué quieres hablar?

—Primero, quiero decirte que estoy muy contenta de trabajar aquí, y darte las gracias por la oportunidad, pero tengo que renunciar al trabajo.

—¿Renunciar? ¿Por qué? ¿Ha ocurrido algo?

—Sí. Estoy embarazada, y quiero volver con mi familia.

—¿Embarazada? ¡Eso es estupendo! ¡Enhorabuena!

—Gracias.

—Pero ¿por qué quieres renunciar? Que estés embarazada no es un problema.

—Para mí sí, porque no puedo quedarme aquí sola.

—Eso tiene solución.

—Estoy pensando en abrir una sede en Madrid, y quizás tú puedas ayudarme, buscando nuevos clientes, oficina...

—Pero ¿Y cuándo no pueda trabajar?

—No te preocupes. Todo tiene arreglo. Te escogí para mi empresa, a conciencia. Sé que eres buena, y no quiero perderte. Arreglaremos todo para que puedas trabajar desde España, Triana.

—Gracias.

—A ti. Cuídate.

Las cosas parece que juegan a mi favor. No voy a perder mi trabajo y voy a volver a mi casa. ¡Estoy feliz! Todo se arregla poco a poco.

Solo deseo que en tres días esa felicidad, sea todavía más inmensa.

Capítulo 8

El ansiado día por fin llegó, y Diego está a mi lado.

—¿Estás nerviosa? —pregunta Diego.

—Mucho. ¿Y tú?

—También.

—Todo saldrá bien, ¿verdad?

—Por supuesto que sí, nena. Todo saldrá bien.

—¿Triana?

—Sí. Soy yo.

—Acompáñame.

—¿Puedo pasar con ella?

—Por supuesto que sí.

Entramos en la consulta y el médico nos recibe. Me dice que me tumbe en la camilla.

—Vamos a hacer una ecografía vaginal, Triana. Por el tiempo que estás es lo mejor. ¿Cómo te has encontrado?

—Bien. Sigo muy cansada, pero no he vuelto a vomitar.

—Eso es estupendo. Mira. Esa cosita que veis ahí, es vuestro hijo. Ahora os voy a dejar que escuchéis su corazón. —Diego me aprieta la mano, y por fin, escuchamos el corazón, del que pronto será mi vida entera, y la única razón por la que luchar en este mundo.

—¡Es increíble! Como una cosa tan pequeña... —dice Diego.

—¡La maravilla de la vida! Todo está bien, chicos. Las medidas son las correctas, y el feto se está desarrollando perfectamente.

Cualquier cosa que te notes, vienes. De lo contrario, te vuelvo a ver en dos meses. Ahí ya sabremos que es. Esperemos que se deje ver.

—Doctor, creo que en dos meses yo no estaré aquí.

—¿Piensas marcharte? —A Diego le cambia la cara.

—Vuelvo a Madrid. Y no sé si en algún momento volveré. —Diego me mira.

—¿Tienes médico allí?

—Sí. Gracias por todo, doctor.

—Gracias a ti. Cuídate, y cuida mucho de esa criatura.

—Lo haré. —Nos levantamos y nos vamos.

—¿Cuándo has decidido volver a Madrid?

—Lo tenía en mente, pero hablar con mi padre, que me respeten el trabajo y pueda hacerlo en Madrid, ha influido bastante.

—¿Has dejado el trabajo?

—Esa era mi intención, pero mi jefe no me ha dejado.

—Me alegro.

—¿De qué?

—De que vuelvas a Madrid. Y de que no pierdas el trabajo también. Te echo de menos. Y no quiero separarme de ti. Tú crees que yo estoy contigo por compromiso del niño, pero no es así. Yo te quiero. Estoy enamorado de ti, y no de ahora, si no desde el primer momento que me tropecé contigo ese día. Sé que hemos pasado muchas cosas, más malas que buenas, pero quiero que sepas que todo eso va a cambiar, nena.

Voy a cambiar. Voy a cuidar de ti, y de mi hijo. No pienso dejaros solos nunca. Y me dejaré la vida por vosotros. Te lo prometo.

—Hay muchas cosas que cambiar, y yo tengo mucho miedo.

—Quizás, yo tenga mucho más miedo que tú. Pero, ahora sé que arriesgarme por ti, merece la pena. Y lo haré, aunque lo pierda todo, y salga dañado de todo esto.

—¿Y si no sale bien? Estamos todo el día discutiendo.

—Saldrá. Nos queremos y eso es la base de todo.

—Tengo miedo de que nos equivoquemos y de que nos hagamos daño.

—Es un riesgo que tenemos que correr. ¿Estás dispuesta a correrlo?

—Por ti estoy dispuesta a correr cualquier riesgo. Te quiero. Y no tengo intención de dejar de hacerlo nunca. —Sonreímos y nos besamos.

Cuatro meses después. Menorca.

—¡Hija, quieres venir ya a la mesa!

—Ya voy mamá.

Mi madre se cree que mover mi tripa de siete meses, es algo fácil. Me quedan dos meses, y creo que tardaría menos si rodara, que andando como ahora.

Llevo un mes aquí. Mi padre ha decidido que lo de viajar no es para mí. Al final, he tenido que hacerle caso. Dice que no quiere que su nieta nazca en medio de la calle. Que si tiene que nacer que sea al lado de él. No hay quien le lleve la contraria, así que desistí, y me marché.

Diego viene todos los fines de semana, e incluso si puede, se queda días entre semana. No puedo estar más arropada por todos. A veces, hasta me siento agobiada. Dicen que el nuevo año, siempre trae cosas buenas. Y a mí de momento me va a traer lo mejor, a Victoria, mi hija. No puedo estar más feliz.

Mi madre dice que la niña está aquí en menos de un mes. Y contando que hoy es treinta y uno, empiezo a tener mucho miedo. Me da pánico el parto, no saber empujar, los dolores..., dicen que lo normal en una madre primeriza.

Con mi gran barriga, he tenido que dejar de trabajar. También por prescripción médica. Hace más de un mes, me prohibieron seguir viajando y trabajar. Ando todo el día leyendo, durmiendo, y hablando con Alessandro. Seguimos en contacto. Me ha dicho que en unos días vendrá a verme. Diego está al tanto, aunque no está muy de acuerdo. Dice que no entiende como me fui a tomar café, con un desconocido. Tampoco entiende porque tengo que hablar casi a diario con él, pero yo sí. Se ha convertido en una pieza muy importante de mi vida, y no pienso deshacerme de él.

—¿Cómo están mis gorditas? —me dice Diego.

—Bien. Saturadas de tanta comida. Aunque la mitad, no podemos ni probarla.

—¿Brindamos con tus padres?

—Si me ayudas a levantarme de aquí, encantada.

—¡Vamos! Pesas por dos.

—¡Eres muy gracioso!

—¡Tú también!

Nos acercamos a la mesa. Y todos cogen su copa.

—Antes de nada. Quiero decir unas palabras. —dice Diego.

Quiero daros las gracias, por abrirme las puertas de vuestra casa desde el primer día, por tratarme con tanto cariño, y por cuidar de mí de la manera que lo habéis hecho. Pero, sobre todo, por llenar de amor a mis princesas. Espero que mi hija se sienta igual de orgulloso de mí, que Triana se siente de vosotros.

A ti princesa, quiero decirte que desde que apareciste en mi vida, la llenaste de felicidad, y que hiciste que volviera a creer en el amor. Vas a darme lo más grande que se le puede dar a una persona, y pienso cuidaros hasta que me quede sin fuerzas. Os quiero, y lo haré siempre. —Me besa, y me acerca la copa.

—Sabes que no puedo beber.

—Quizás lo de beber, no sea lo más importante. —Me sonrío, y lleva su mirada a la copa.

La nuevo, y dentro del champán hay un anillo.

—Cásate conmigo. Hoy es fin de año, y no se me ocurre una fecha mejor, para que seas mi esposa. Quiero que este año que se va, y el que entra, sean especiales. ¿Qué contestas?

—¡Claro que me caso contigo! —Con lágrimas en los ojos le abrazo.

—Mira dentro del anillo. —Hay una inscripción. *Tu gruñón.*

—Gracias. ¡Me encanta!

—A mí me encanta ser tu gruñón, y quiero serlo por mucho tiempo más.

—Te quiero.

—Yo te amo. Más de lo que nunca podrás imaginarte princesa.

Capítulo 9

Creo que, en este momento, no hay nadie más feliz que yo.

El hombre que quiero me ha pedido que me case con él. Soy más feliz de lo que nunca pude imaginar.

Por fin, las cosas empiezan a funcionar. Después de tantos altibajos, podremos hacer una nueva vida, junto a nuestra hija. Seremos una familia.

Esa misma semana, Diego no puede venir a Menorca. Tiene demasiado trabajo, y el estar viajando cada tres días va a acabar con él. He conseguido convencerle para que se quede. Aquí mis padres me cuidan muy bien.

Mi hermano, también se ha cogido unos días de vacaciones, y aquí le tengo, al pie del cañón, como siempre.

—Mamá. Voy a salir a dar un paseo.

—¿A estas horas?

—¡Son las seis de la tarde, mamá! ¿A qué hora quieres que salga?

—¡Espera! Me visto y voy contigo.

—No, mamá. Solo voy a dar un paseo. No tardaré mucho. Necesito tomar el aire.

—¿Qué niña tan cabezota!

—Te quiero, mamá. En un rato vuelvo.

Necesito estar sola un rato. En casa, con tantos cuidados y tantas atenciones, empiezo a sentirme agobiada. Sé que lo hacen porque me quieren, pero yo no estoy acostumbrada a esto.

Con lo que no contaba, es con que mi paseo, se convirtiera en un mal rato.

Desde que llegue a Menorca, no me había vuelto a cruzar con Santi. Parecía que las cosas se iban a poner feas para él, pero nada más lejos de la realidad. Su abogado consiguió sacarle. Eso sí, no podría salir del país ni acercarse a mí. Algo que al parecer, no ha entendido demasiado.

—Hola, Triana. ¿Cómo te va?

—Hola, Santi. Bien. Estoy muy bien.

—Ya te veo. ¡Menudo bombo cargas!

—¡Tan sutil con tus comentarios como siempre!

—¿Y ya sabes quién es el padre? —Levanto la mano para aplastársela en la cara, pero me coge del brazo.

—Tranquila, gatita. Deja tus uñas para cosas más importantes.

—¡Suéltame! ¡Eres un imbécil!

—Modera tu lenguaje, señorita o me veré en la obligación de hacerle creer a tu querido enamorado, que ese hijo que llevas, no es suyo.

—¿De qué estás hablando?

—¿Crees que si le cuento que hemos estado más veces juntos de lo que tú le has contado, me creería?

—¡Eres un hijo de puta!

—No me pongas a prueba.

—Por tu culpa, me quede sin amigos. Todo el mundo aquí me odia. Tu hermano, se ha dedicado a contar mil mentiras de mí.

—¿Estás seguro de que son mentiras?

—¡Por supuesto que lo son! Pero, esto no se va a quedar así. Los dos vais a pagar por lo que

habéis hecho. Te lo prometo.

—¡Estás loco, Santi! ¡Estás loco!

—Tendré que darte las gracias a ti.

—Déjame en paz. Haz tu vida. Olvídate que existo.

—Eso no va a ser posible, cariño. Nos veremos pronto. —Me dice eso y se va. Dejándome muy tensa, y nerviosa. ¿Qué pretende hacer? Había odio en sus ojos. ¿Nunca voy a librarme de él?

Intento serenarme antes de volver a casa, pero me resulta imposible. Intento andar lo más deprisa posible, para llegar a casa.

—Ya estoy aquí, mamá.

—¡Qué poco has tardado!

—Sí. Ya te dije que solo quería dar una vuelta.

—¿Qué te pasa hija? ¡Vienes blanca! ¿Te encuentras mal? ¡No deberías de haber salido!

—¡Tranquila, mamá! Me ha debido de bajar la tensión. Nada más.

—¡Siéntate! ¿Quieres tumbarte?

—Sentada estaré mejor. ¿Puedes traerme un vaso de agua?

—Claro, hija.

No soy capaz de contarle lo que ha pasado. No quiero preocuparla. Sé que se lo diría a mi hermano. Y entonces sí. Mi hermano lo mataría sin más.

Esa noche hablo con Diego, y tampoco me atrevo a contarle nada. No quiero preocuparle.

«¿Sería capaz de hacer de una mentira, una verdad? ¿Dudaría Diego de mí, si Santi le contará lo que tiene pensado? Quizás, debería decirle a Diego lo que ha ocurrido. Si se llegara a enterar de que le he mentado, tendríamos un problema, y es lo que menos quiero en este momento».

Los días siguen pasando, y mi preocupación por Santi, va en aumento.

Sigo dándole vueltas a todo lo que me dijo, pero no me he atrevido a contarle nada a nadie. Intentaré estar pendiente de sus pasos, y tendré cuidado de no volver a salir sola.

Diego lleva varios días aquí conmigo. Cuando estoy con él, me siento protegida. No tengo miedo de lo que pueda pasar.

—Cada día estás más guapa, princesa.

—Gracias por el cumplido, pero sabes perfectamente, que distorsionas la realidad.

—¡No digas tonterías! No soy el único que dice que estás preciosa.

—¿Tengo admiradores y no me había dado cuenta?

—Creo que sí, o quizás no quieras darte cuenta.

—¿Has visto muchas embarazadas?

—Alguna que otra, pero ninguna como tú. Por cierto, creo que tenemos un tema que tratar.

—¿Sí? ¿Cuál?

—La boda. Llevas más de un mes dándome largas. Creo que ya va siendo hora de que pongamos fecha. ¿O es que no quieres ponerla?

—La verdad, Diego es que ahora mismo no estoy para pensar en eso. No te lo tomes a mal, pero el tema del embarazo, y el parto, me tiene nerviosa. Prefiero que hablemos de eso, cuando todo esto pase.

—En cuanto que nuestra hija nazca, no pienso dejarte ni un solo día para que lo pienses.

—¿Por qué tanta prisa por casarte?

—Porque quiero que formalicemos nuestra relación. Que nuestra hija esté totalmente protegida, y

que no puedas escaparte de mis brazos nunca más.

—Cualquiera diría que estás enamorado.

—Cualquiera sabe que estoy perdidamente enamorado de ti. Desde el primer momento que saliste por esa puerta, y empezaste a soltar de todo por tu boca.

—Tú me diste con la puerta, y todavía no me has pedido perdón.

—Hay que tener cuidado de por dónde se va.

—¿Todavía sigues con eso?

—No llevas razón. Sigo esperando una disculpa.

—Si te vas a sentir mejor..., lo siento. Pero, la culpa fue tuya. Tenías demasiada prisa. —Ríe.

—¿Te hace mucha gracia?

—Lo cierto es que sí. Me lo pasé muy bien ese día, y los días de después, haciéndote perder los papeles.

—¡Serás...!

—Lo sé. Pero no cambiaría ni un solo momento de aquellos. Todavía recuerdo el día que te presentaste en el despacho.

—¿Cuál de todos? Porque tenía entrada *Vip* a tu despacho. Todos los días me llamabas para algo. No sé cómo la gente no se daba cuenta de lo que pasaba entre nosotros.

—¡Fácil! Porque yo nunca había tenido ninguna relación con una empleada. Ni tampoco he llevado a ningún ligue a la empresa.

—¡Mira! ¡En algo fui la primera!

—Has sido la primera en muchas cosas. Estoy muy feliz de tenerte a mi lado, nena. Eres lo mejor que me ha pasado en esta vida, junto con mi hija. Vas a darme lo más importante de este mundo.

—Voy a darte tu mayor sufrimiento. Una niña es un sufrimiento constante para un padre.

—Lo sé. Pero no la dejaré salir hasta los veinte.

—¿Crees que lo conseguirás? —Reímos.

—Tengo que intentarlo. Si sale igual de guapa que su madre, voy a tener peleas todos los días.

—Seguro que luego eres más blando que yo. Yo seré la que la regañe, y tú el que la consientas.

—En eso no voy a llevarte la contraria. Pienso consentirla todo lo que pueda. Eso tenlo por seguro. A las dos. —Me acaricia la tripa. —No imagino una vida más feliz que a vuestro lado. —Se acerca y me besa, y a mí se me cae el mundo. *«¿En qué momento este hombre se ha convertido en el más romántico del mundo? Si antes estaba loca por él, ahora no soy capaz de definir mis sentimientos. Lo amo. Y no pienso separarme nunca de él».*

Capítulo 10

—¿Cuándo dejarás de irte? —pregunto.

—Cuando nuestra hija se decida a salir. Tengo que ir a Madrid, nena. Hay una reunión importante con unos inversores, pero te prometo que intentaré que esta vez, solo sean un par de días. Y pase lo que pase, no me separaré de vosotras ya.

—Ya queda muy poco, y se me hace muy duro, ver cómo te vas otra vez.

—Lo sé, pero te prometo que esta, será la última vez. Créeme, amor.

—En cuanto que vuelvas, te ataré a la pata de la cama. ¡Ni pienses que voy a dejarte salir de ahí!

—Totalmente de acuerdo. No pondré ningún impedimento. Tengo que irme, nena. Cuando llegue te llamo. Cuando menos lo pienses, estoy de vuelta. Te quiero.

—No tardes, por favor. —Me besa y se marcha.

Cada día se me hace más duro que se vaya. Sé que tiene que hacerlo. No puede ausentarse del trabajo, aunque sea el jefe, pero le necesito cerca, sobre todo, ahora que queda menos para que nuestra pequeña asome su cabecita.

—¿Todo bien, hija? —pregunta papá.

—Sí. Cada día se me hace más difícil verle cómo se va.

—Tiene obligaciones que cumplir, cariño.

—Lo sé, papá. Por eso, no pongo impedimento en que se vaya. Sé que es su deber. Voy a descansar un rato.

Horas más tarde...
MI GRUÑÓN_12:30

Ya he llegado, nena. En cuanto que tenga un rato, te llamo. Aunque conociéndote, estarás dormida. ¡Marmota! Te quiero. Cuando menos lo esperes, estaré a vuestro lado.

ALESSANDRO_12:32

Hola, Triana. Te escribo para decirte que mañana aterrizo en Menorca. Tengo que ver a un cliente por allí, y no podía dejar pasar la ocasión de verte. ¡Quiero ver esa barriguita! Un besazo. Alessandro.

«¡Alessandro viene a verme! ¡Cuánto le echo de menos!».

Hace meses que no nos vemos, aunque hablamos mucho por WhatsApp, y hablamos de vez en cuando por teléfono.

Estará bien volver a verle, y distraerme un rato.

Más tarde recibo una llamada de Diego.

—Hola, nena. ¿Cómo estás? No me contestaste al mensaje.

—Hola. Lo siento. Se me pasó. Como me dijiste que me llamarías, no quise molestarte.

—¿Cómo estás?

—Bien. Cansada, como siempre. Mi estado natural desde hace varios meses. ¿Y tú? ¿Te reuniste ya con los inversores?

—Sí. Hemos quedado para cenar, y cerrar el contrato.

—Me alegro. Eso quiere decir que volverás pronto, ¿no?

—Sí todo va bien, mañana por la tarde estaré cogiendo un avión.

—Ojalá y sea verdad. ¿Sabes? Mañana viene Alessandro a verme.

—¿A verte? ¿Y eso?

—Tiene que ver a un cliente en Menorca, y me ha dicho que quiere verme.

—Me alegro.

—¡No seas mentiroso, Diego! ¡No te alegras en absoluto!

—Claro que no. No me gusta que te ande revoloteando, y justo cuando yo no estoy.

—Alessandro no me revolotea. Es mi amigo. Ya te he dicho muchas veces que está enamorado de otra persona.

—¿Y qué? A lo mejor es su táctica para seducirte.

—¡No digas tonterías! ¿Tú te estás escuchando?

—Sí. Y no quiero discutir, Triana. Tú y yo vemos las cosas muy distintas.

—No tienes de lo que preocuparte. Él no siente nada por mí, pero en el caso de que no fuera así, yo tengo muy claros mis sentimientos. No tienes por qué dudar de nada.

—Lo siento. No tengo derecho de ponerme así. Tú nunca me has dado motivos para ello. Estoy un poco nervioso. Perdóname. Cuando llegue mañana si quieres, podemos cenar con él.

—¡Eso sería estupendo! Te echo de menos, cariño.

—Yo también a ti. Espero que este día pase muy pronto. Te quiero, gordita mía. Te llamo mañana.

—Yo también te quiero, amor.

Al día siguiente, me despierto más contenta de lo habitual. Alessandro ya habrá aterrizado, y en

horas podré verlo.

Nunca pensé, que una persona que conoces por casualidad, pase a ser una de las personas más importantes de tu vida.

Me ducho, me peino, y bajo a desayunar, esperando la llamada de Alessandro.

ALESSANDRO_12:15

Ya estoy aquí, preciosa. ¿Dónde quieres que quedemos? Estoy cerca del puerto.

TRIANA_12:17

¡Cómo me alegra saber que ya estás aquí! Dame quince minutos y te veo allí.

Tengo muchas ganas de verte.

ALESSANDRO_12:18

Yo también. Aquí te espero.

—¿Dónde vas hija? —pregunta mi madre.

—Ha venido Alessandro. Voy a buscarle al puerto.

—¿Tú crees que estás para conducir?

—Claro que sí, mamá. Estoy aquí al lado.

—Lláname en cuanto llegues, por favor.

—No te preocupes, mamá. Estoy a un paso de aquí.

Cojo las llaves del coche, y pongo rumbo al puerto, con una sonrisa que ilumina mi cara.

Diez minutos más tarde, estoy aparcando. Le veo sentado en la terraza del puerto. ¡Tan guapo cómo siempre!

Corro a su encuentro.

—¡Estás preciosa con esa barriga! —Me abraza con un cariño, que solo él es capaz de darme.

—¡Tú tan adulator como siempre!

—Solo digo la verdad. Era difícil estar más guapa, pero te diría que embarazada lo has conseguido. ¿Qué tal lo llevas? ¿Te da mucha guerra la enana?

—Se está portando regular. Creo que debería de ir pensando en salir, pero creo que de momento, no entra en sus planes.

—¿Cuánto te queda?

—Poco más de un mes. Pero, ya me encuentro muy pesada, y muy cansada.

—¿Diego está aquí contigo?

—Sí, y no. Va y viene. Me ha prometido que vendrá hoy y ya no se marchará más. Pero, hasta que no lo vea, no lo creeré. ¿Y tú que haces por aquí?

—Tenía un cliente que visitar, pero si te digo la verdad ha sido una excusa para poder verte. Me apetecía mucho estar contigo.

—Yo también te he echado de menos. Me apetecía mucho verte, pero me tienen prohibido viajar. Me alegro de que tú hayas venido a verme a mí. ¿Hasta cuándo te quedas?

—No tengo días fijos. Por lo menos, un par de días. Necesito descansar un poco.

—¿Cómo va todo con Estrella?

—No va demasiado bien la cosa. Volví para ver a mi padre y a mi madre, y tuve la mala suerte de encontrármela.

—¿Y qué pasó?

—Me dijo que teníamos que hablar. Pero yo le dije que no había nada que hablar ya. Que quería

tener un trato cordial con ella y nada más, pero lo estropeó todo cuando me dijo que me echaba de menos, Triana. Estoy tratando de olvidarme de ella, pero ni el tiempo, ni la distancia, hacen que pueda hacerlo. ¡Me estoy volviendo loco! ¡Ya no sé qué hacer!

—Quizás, deberías de preguntarla de qué manera te echa de menos.

—Esa respuesta ya me la sé. Ella me ve como a un hermano, como parte de su familia. Y cuando eso sucede, ya nada se puede hacer.

—¡Eres muy cabezota! Yo sigo diciendo que esa niña tiene muchas dudas. Solo necesita un empujón.

—¿Y qué quieres que haga?

—¿Sabes cómo reaccionamos las mujeres rápido? Con un ataque de celos. Si se pone celosa, ahí tendrás tu respuesta.

—¿Y cómo quieres que la de celos, si ni siquiera tengo novia?

—Tranquilo, déjame que piense en algo.

—¡Me das miedo!

—Miedo no es lo que tienes que tener. Tienes que luchar por lo que quieres. Eso mismo me dijiste tú a mí, y me funcionó.

—La diferencia es que entre Diego y tú había sentimientos, entre Estrella y yo, los únicos sentimientos que hay son por mi parte.

—Hazme caso, Alessandro, aunque, solo sea por una vez. Esa chica te quiere, pero ni ella misma quiere darse cuenta.

—¡Dejemos el tema! Cuéntame que tal te va con Diego.

—Bien. Estamos muy bien.

—¿Ya tenéis fecha para la boda?

—No todavía no. Está deseando que la pongamos, pero yo con este bombo, soy incapaz de pensar una fecha.

—Espero estar invitado. Aunque, sé que no soy del agrado del novio.

—¡Por supuesto que estás invitado! Ya sabes que Diego tiene celos hasta de una planta. Y sigue pensando que sientes algo por mí. ¡Tonterías!

—Lo cierto es que la manera de conocernos fue un tanto peculiar.

—Sí. Eso es verdad. —Reímos. ¿Te apetece que demos una vuelta?

—Por supuesto. Usted manda, señorita.

Paseamos por el puerto, y seguimos charlando de nuestras cosas. Se nota que llevamos meses sin vernos. Más tarde nos sentamos en una terraza.

—¿Cansada?

—Un poco. No te voy a engañar. ¿Y tú?

—Estoy bien. Voy a ir al baño un segundo.

—Aquí te espero. —Aprovecho para sacar el móvil y escribir a Diego.

MI GRUÑÓN_ 14.15

Hola, cariño. ¿Cómo estás? ¿Cumplirás tu promesa de venir hoy, al final? Yo estoy tomando algo con Alessandro por el puerto. Espero poder verte luego. Te quiero.

Cuando termino de escribir el mensaje guardo el móvil y me sobresalto cuando veo a Santi sentado a mi lado.

—¿Qué haces aquí? —pregunto nerviosa.

—Parece que no te alegras de verme.

—Yo nunca me alegro de verte, Santi.

—Veo que estás muy entretenida con tu amigo.

—¡A ti que te importa! ¡Vete de aquí Santi! No quiero problemas.

—¿Sabe tu novio que te ves con otro hombre? —me levanto para irme.

—¡No tan rápido! Tú no te vas a ningún lado sin mí.

—Yo no voy a ir a ningún lado contigo.

—¡No montes un número y acompáñame! —Me coge del brazo y me arrastra con él.

—¡Suéltame! ¡No voy a ningún lado contigo!

—Podemos hacer esto por las buenas o por las malas, Triana. Tú eliges. —Me arrastra con él por la terraza. Veo salir a Alessandro del bar, y me mira con la cara descompuesta.

—¡Alessandro! ¡Ayúdame! ¡Llama a Diego!

—Te he dicho que podíamos hacer esto, por las buenas, o por las malas, ya veo que has elegido por las malas. Saca un pañuelo de su bolsillo y me lo pone en la boca.

Es lo último que recuerdo. Lo demás, está borroso. No sé donde me llevó, ni que pasó con Alessandro. Todo se borró de mi mente.

Capítulo 11

Abro los ojos y todo está oscuro. No veo a nadie. Ni siquiera soy capaz de reconocer el lugar donde estoy. Intento moverme, pero tengo los pies atados, y una de mis manos enganchadas a una barra metálica. Empiezo a sentir miedo.

«¿Qué hago aquí? Lo último que recuerdo es gritar a Alessandro. ¡Maldito Santi! ¡Es él el que me ha traído aquí!».

—¡Maldito infeliz! ¡Suéltame! ¡Cobarde! —Oigo un portazo, y unos pasos.

—¿Qué te pasa, gatita? ¿Ya me echabas de menos?

—¡Estúpido! A ti nadie te echa de menos. ¡Suéltame!

—No voy a soltarte. Vas a pagar por lo que me hiciste.

—¿Lo qué te hice? ¿Y lo que me hiciste tú a mí? ¿Ya se te ha olvidado?

—¡Ya he pagado por ello! ¡Me quedé sin amigos! Todo el mundo me odia en este maldito pueblo. Y todo te lo debo a ti, y a tu hermanito.

—¿Y esta es tu manera de vengarte? ¿Qué piensas hacer conmigo? ¿Sabes que puedes ir a la cárcel por esto?

—¿Crees que tengo miedo? Merece la pena, solo por saber la angustia que deben de estar sintiendo tu querido novio, y tu hermanito. Van a sufrir mucho sin saber dónde estás, y que estoy haciendo contigo.

—¡Eres un puto loco!

—¡No vuelvas a insultarme, o me voy a olvidar de que eres una mujer y de que estás embarazada!

—¿Ahora te importa que esté embarazada? ¡Me tienes atada, Santi!

—¿Y qué quieres? ¿Qué te suelte para que te vayas? ¡Ni lo sueñes!

No quiero seguir hablando con él. Me parece increíble que yo haya estado con este hombre. ¡No le reconozco! No sé quién es. No es la persona que yo conocí, y mucho menos, de la que estuve enamorada durante tantos años.

Tengo miedo. No sé qué pueda pasar, ni de qué será capaz de hacer este hombre. No solo tengo miedo de lo que pueda pasarme a mí, sino de lo que le pueda pasar a mi hija.

—¿Cómo es posible que ése malnacido se haya llevado a Triana! ¿Por qué no le detuviste Alessandro? —le increpo.

—¡Ya te lo dije! Yo estaba en el baño. Yo nunca he visto a ese hombre, Diego. ¿Cómo iba a pensar que alguien iba a secuestrarla?

—¡Voy a matarlo! ¡Juro que lo mato! Esta vez no sale vivo de esta.

—¡Cálmate, Diego! La niña va a aparecer. Estoy seguro. —mi suegro tan templado como siempre.

—¿Qué os ha dicho la policía?

—Nada. Que seguirán investigando. Que estemos tranquilos, que pronto tendremos noticias.

—¿Habéis avisado a Daniel?

—Sí. Ya está en camino. En un par de horas estará aquí.

—Dani, no le va a dar tregua. Teniéndole aquí, va a ser más fácil dar con él. Sabe por dónde se mueve, y quizás nos sea más fácil encontrarla.

—Tranquilo, Diego. Vamos a encontrarla. —dice Alessandro.

—Es espero. Me estoy volviendo loco solo de pensar en lo que ese cabrón puede hacerle.

—No pienses en eso. Verás que todo va a estar bien. Pronto la tendremos aquí con nosotros.

Quiero creer que lo que dice Alessandro es verdad. Y que mis niñas, pronto estarán conmigo. Quiero pensar que todo esto solo ha sido un mal sueño, del que pronto voy a despertar. ¡Por favor que no les pase nada!

Triana

—Santi, tengo sed.

—Toma. Te he traído esto para que comas algo. A pesar de lo que creas, no quiero que te pase nada.

—No lo parece. No quiero comer nada. Solo tengo sed.

—Tienes que comer. Vas a pasar mucho tiempo aquí. ¡No seas tan cabezota!

—¡Te he dicho que no quiero comer nada!

—Está bien, no comas nada.

—Podrías soltarme, aunque fuera las manos.

—¿Prometes que no vas a hacer ninguna tontería?

—¿Qué quieres que haga, si ni siquiera sé dónde estoy?

—Voy a darte un voto de confianza. ¡No me la juegues, Triana!

Me suelta las manos. Y bebo un poco de agua. Tengo las manos adormecidas. —Gracias.

—Puedes dormirte un rato si quieres.

No contesto. Pero, sí que tengo que reconocer que estoy cansada y que necesito descansar. No sé cómo, ni cuándo me quedo dormida.

Diego

—¡Dani! ¡Por fin estás aquí! —le digo.

—Sí. ¿Sabéis algo más?

—No. La policía no tiene ninguna pista, y empiezo a desesperarme.

—Vamos a dar con ella; te lo aseguro. Sé dónde pueden estar. Pero, no quiero a la policía en el medio. Esta vez, lo voy a resolver yo.

—¿Qué piensas hacer, Dani?

—Lo que tenía que haber hecho hace mucho tiempo.

—¡Hijo, por favor, no hagas tonterías!

—Vosotros quedaros aquí. Esto es cosa mía.

—También es cosa mía. Mi mujer, y mi hija están en manos de ese psicópata.

—¡Vámonos! —dice Dani.

—Quédate aquí Alessandro. —le digo.

—No pienso quedarme aquí. Es mi amiga, Diego.

—Está bien. Entonces, vámonos.

—¡Por favor, no hagáis ninguna locura!

—No te preocupes, papá. Voy a traer a Triana, y a mi sobrina, sanas y salvas, aunque me deje la vida en ello.

Nos montamos los tres en el coche.

—¿Sabes dónde pueden estar? —pregunto con desesperación.

—He estado investigando, y tengo una ligera idea. Voy a sacar a mi hermana de ahí, y ese cerdo, se va a arrepentir de habérsela llevado. Te lo prometo.

Las palabras de Dani me asustan, pero sé lo mucho que quiere a su hermana, y que es capaz de cualquier cosa por ella. Ya perdonó una vez a ese imbécil, pero no creo que lo haga una segunda. Tampoco se lo merece.

Triana

Me despierto, y de nuevo estoy presa en esa oscuridad. No soy capaz de reconocer nada en este maldito lugar, que no sea la cama, y una puerta. No entra a penas luz, y por más que pienso donde puedo estar, no se me ocurre ningún lugar. No estoy en casa de Santi, y tampoco estoy en casa de ninguno de sus amigos. «¿Dónde me has traído malnacido?».

Tengo que aprovechar la oportunidad. Tengo las manos desatadas, y él no está. Necesito escapar. Necesito salir de aquí. Necesito ver a Diego.

Intento ponerme de pie, pero mi barriga, y tener los pies atados, no ayuda demasiado. Por fin, lo consigo, logro ponerme de pie. No veo nada. Me acerco a la puerta, pero está puesto el cerrojo por fuera.

Por primera vez, me doy cuenta de la importancia de ser mujer y llevar una horquilla en el pelo. La cojo, la abro, y la meto en el pomo de la puerta. Esto tiene que servir. Tras varios movimientos, logro quitar el cerrojo, y que la puerta por fin se abra. «¡Soy libre!».

Salgo en silencio. Fuera de la habitación, consigo ver algo mejor, y por fin, descubro donde estoy. ¡Es la casa del hermano de Santi!

Todos los veranos nos reuníamos aquí todos, porque su hermano nunca estaba. Parece ser que ahora, tampoco. Todo sigue como hace años. Oigo unos pasos. «¡Tengo que salir de aquí! ¡No tengo mucho tiempo!».

Si no recuerdo mal, hay una puerta que da al patio, pero necesito que él se quite de mi camino para poder salir. Con esta barriga, no puedo correr más de dos pasos, así que, solo espero que la puerta esté abierta y pueda salir de aquí.

—¡Triana! ¿Dónde estás? ¿De verdad crees que no te voy a encontrar? No quiero hacerte daño, pero no me lo estás poniendo nada fácil. Sal de donde estás. ¡No hagas estupideces!

«¡Me va a descubrir! Tengo que ser rápida». Se mete en la habitación, y yo aprovecho para ir a la cocina. Por suerte, todavía guardo recuerdos de esta casa. Consigo dar con la puerta, pero para mi mala suerte, está cerrada. El truco de la horquilla aquí no va a valerme. Si quiero salir de aquí tengo que jugármela. O todo o nada.

Busco algún utensilio de la cocina, y me acerco a la puerta. «O consigues escapar de aquí Triana, o no sé si podrás salir viva». —pienso—. Cojo todas mis fuerzas, me acerco al cristal de la puerta y lo rompo. Suena un gran estruendo. Con cuidado, quito los cristales y cojo las llaves que están puestas, y doy vueltas. Oigo la voz de Santi, y comienzo a temblar. La puerta por fin se abre, y salgo corriendo. Lo hago lo más deprisa que puedo, pero no soy capaz de encontrar la salida.

—¡Triana! ¡No vas a ir a ningún lado! ¡No vas a poder salir de aquí! —me grita.

«¡Mierda! Necesito irme de aquí». La puerta está cerrada, y no puedo salir. Veo a Santi a solo dos pasos de mí. «¡Va a alcanzarme!». Comienzo a correr sin rumbo, pero consigue alcanzarme. ¡Acabo de sentenciar mi vida!

—¿De verdad pensabas que te ibas a escapar? ¡Te creía más inteligente, Triana!

—Deja que me vaya, Santi. Esto no tiene ningún sentido.

—Quizás no lo tenga para ti, pero sí para mí.

—¡Estás loco! ¡Enfermo!

—¡No vuelvas a decirme eso! —Me mete una bofetada en la cara. —¡Te dije que cuidaras tus palabras!

—¡No vuelvas a tocarme nunca más!

—¡Ten cuidado! —Levanto la mano para abofetearle, pero me la coge al vuelo. —¡Ni se te ocurra tocarme! —Forcejeamos, y yo caigo al suelo. Comienzo a llorar, cuando oigo unas voces.

—¡Suéltala, hijo de puta, o te vuelvo la cabeza en este mismo momento! —Es la voz de mi hermano. Me giro y le veo con una pistola.

—¡Vaya, vaya! ¡Volvemos a encontrarnos, amigo!

—¿Amigo? ¡Eres un hijo de puta! Espero que no se te haya ocurrido tocar a mi hermana, porque lo vas a pagar muy caro. Te lo aseguro.

—Creo que tu hermana no tiene ningún problema en que yo la toque.

—No se te ocurra... —Es la voz de Diego.

—¡Vaya! ¡Ya estamos todos! ¡Apareció el novio cornudo!

—¡Voy a matarte, hijo de puta! —dice Diego.

—¿Por qué? ¿Por qué te digo la verdad? ¿Qué piensas que no hemos vuelto a acostarnos? ¿Qué creías que pasaba cuando tú te ibas a Madrid? ¡Eres muy tonto!

—¡No le creas, Diego! ¡No es verdad! —digo. Diego se lanza sobre él y comienzan a pelear. Mi hermano se mete en el medio. Diego cae al suelo. ¡Dios mío! ¡Qué acabe esta pesadilla ya por favor! Alessandro corre a mi lado.

—¿Estás bien, Triana?

—Sí. Estoy muy asustada, Alessandro. Llama a la policía, por favor. Esto tiene que acabar.

—Tranquila. ¿La niña está bien? ¿Te ha hecho algo ese cabrón?

—Solo me ha dado una bofetada. Hemos forcejeado, y he caído al suelo. Tengo miedo de que haya podido pasar algo.

—No te preocupes, voy a llamar a una ambulancia también.

Dani, Diego y Santi, siguen forcejeando.

—¡Tu novia es una zorra! ¡Parece que no lo sabías! —dice Santi.

—¡Te voy a matar! —Diego le quita la pistola a Dani, y apunta a Santi.

—¡Te faltan huevos para apretar el gatillo! ¡Los de tu clase se dedican a mandar matones, para no mancharse las manos!

—¡No te imaginas el placer que me va a dar apretar el gatillo, y ver cómo te atraviesa la cabeza!

—¡Diego, por favor! ¡No hagas tonterías! —le digo sollozando.

—No voy a dejar que este infeliz, vuelva a jodernos la vida, Triana.

—¡No merece la pena mancharte las manos!

—Tranquila, Triana. No va a ser capaz de hacer nada. —dice Santi. Se acerca a mí, y me coge la cara.

—¡Escúchame bien, estirado! Si ella no es para mí, tampoco va a ser para ti.

—¡No se te ocurra tocarla!

—¿Crees que es la primera vez que lo hago?

—¡Voy a matarte!

—Perro ladrador, poco mordedor.

—¿Qué estás hablando?

—Diego, por favor, déjalo.

—Mátame. No tengo ningún miedo. No me asusta en absoluto.

Veo odio en los ojos de Diego. Nunca lo había visto de esa manera. Tan desquiciado, tan fuera de sí. Tengo miedo de lo que pueda hacer. No quiero que cometa una locura, por la que tenga que pagar toda la vida.

—Apártate, Triana. —dice Diego.

—No, Diego, por favor. No cometas una locura de la que luego te tengas que arrepentir.

—No voy a arrepentirme de nada, Triana. Te lo aseguro.

—Piensa en tu hija, por favor.

—¿Su hija? ¿Por qué estás tan segura de que es su hija? Es lo Último que Santi puede decir.

Veo como dispara el arma, y la bala viaja por el aire. En una décima de segundo Santi se aparta y la bala va directa a mí. Cuando creo que la bala me ha atravesado, me encuentro a Alessandro tirado encima de mí. Solo puedo mirarlo, y llorar.

—¡Alessandro! ¡No! ¡Tú no!

Diego tira la pistola al suelo, y cae de rodillas, con la mirada perdida. Santi se ríe. Y dice. —Las cosas nunca son como parecen. En menos de un segundo, Dani coge la pistola, y dispara en el brazo de Santi.

—Se te acabaron las ganas de reír, amigo. —Santi cae al suelo.

—¿Qué has hecho, Dani? —pregunto.

—Lo que tenía que haber hecho la primera vez que este imbécil te engañó.

Diego se acerca a mí.

—Lo siento, Triana. No quería que pasara esto.

—¡Has disparado a Alessandro, Diego! ¡Podías haberme matado a mí, si Alessandro no se hubiera puesto delante!

—¡Yo no quería hacerte daño!

—¡Te dije que lo dejaras, Diego! ¡Y no hiciste caso! Ahora Alessandro está herido.

—Solo quería protegerte.

—¿Protegerme? ¡Diego, casi me matas a mí, y a tu hija! ¡Vete de aquí, por favor! Vete antes de que llegue la policía. Vuelve a Madrid.

—Pero..., ¿Y nosotros?

—Vete, Diego. No quiero verte. No en este momento. —Esas palabras me duelen más a mí que a él, pero estoy aturdida. No quiero que se le lleven detenido. Se marcha.

—Alessandro, ¿cómo estás?

—Estoy bien, tranquila. Yo solo quiero que tú estés bien. No va a pasar nada. —No puedo parar de llorar.

—¡No quiero que te pase nada!

—No me va a pasar nada. Te lo prometo.

—¿Por qué lo has hecho, Alessandro?

—Porque te quiero, y no quiero que te pase nada. Ni a ti, ni a mi sobrinita. Sabes todo el cariño que te tengo, Triana, y lo mucho que nos hemos ayudado mutuamente. Lo volvería hacer una y mil veces. No tienes que sentirte mal. Y no culpes a Diego. Él ha actuado preso del odio. Es algo normal. ¡No le culpes, por favor!

—Si tú no te hubieras puesto en el medio, nos hubiera matado. Ante estas situaciones no puedes cegarte.

—Triana, con toda la presión vivida es normal. ¡No te ciegues, por favor! Prométeme que hablarás con él.

—Tú, recupérate.

La ambulancia viene. Santi sigue herido, y a Alessandro tienen que operarle para poderle sacar la bala. Yo también me voy al hospital. Tienen que revisarme, por la caída, y por todo lo vivido en estas últimas horas. Pienso que todo ha sido un sueño, pero no, a veces, la realidad, supera a la ficción.

Capítulo 12

Parecía increíble, pero por fin, las cosas han llegado a su calma.

Mi princesa, está bien. Hoy nos darán el alta, y por fin, volveremos a casa.

Alessandro, está bien, y pronto volverá a casa también. Por supuesto, se quedará en la nuestra.

No pienso dejar que se vaya solo a ningún lado, y menos, después de lo que ha hecho por nosotras.

Mi hermano ha tenido que prestar declaración de lo que ocurrió. Todos hemos dado la misma versión, que Santi disparo, y Alessandro se defendió. Solo espero que se pudra en la cárcel por muchos años. Que jamás volvamos a verle.

Por desgracia, en estos días, no he vuelto a saber nada de Diego. Cosa que me tiene preocupada por partida doble. Sé que le eché de mala manera, y me arrepiento. Pero, también, no paro de pensar en lo que hubiera sucedido si Alessandro, no se hubiera puesto delante. Esa bala, iba directa a nosotras.

Sé que jamás, hubiera querido hacernos daño, pero en repetidas ocasiones le dije que se calmara, que pensara las cosas. Sé que es una situación extrema, pero nosotras estábamos ahí, debería de haber tenido la cabeza fría. Esa es la verdad.

No voy a dejar de quererlo por eso. Quizás el tiempo ponga todo en su sitio.

Un mes más tarde...

—¡Por favor! ¡Qué me la saquen ya! ¡No aguanto más!

—¡Tranquila, hija! Todo va a salir bien. —me dice mi madre.

—Ya casi vamos a llegar, Triana. Tranquila. —dice mi hermano.

—Eso no me consuela, hermanito.

—Lo sé, pero es lo único que puedo decirte.

Minutos más tarde, llegamos al hospital. Por fin, mi princesa ha decidido salir de ahí. Necesito tenerla entre mis brazos ya, y no solo porque no aguante estos dolores, sino porque necesito verle la carita a mi angelito.

Han sido unos meses muy duros, pero por fin está aquí.

Diego

Hace más de una semana que estoy en Menorca. Como es lógico, estoy hospedado en un hotel. No he vuelto a ver a Triana, desde que disparé a Alessandro. Aunque he estado preguntando por ella a cada instante. Necesitaba saber que ella estaba bien, y que Alessandro estaba fuera de peligro.

Dani me ha mantenido informado en todo momento.

No paro de sentirme culpable. Sé que Triana tiene todo el derecho a estar enfadada conmigo. Podría haberle hecho daño a ella, o a mi hija, y eso sí que jamás me lo hubiera perdonado.

Me pudo la furia. Las palabras de ese..., se metieron en mi cabeza, y no fui capaz de pensar en nada más.

Nunca tuve intención de hacerle daño a Alessandro. Y ahora me he dado cuenta, de lo mucho que quiere a Triana. Pocas personas son capaces de dar la vida por otras, y él lo ha hecho. Sin saber que pasaría, y si esa bala en verdad, le mataría. Es un tío valiente. Y le estaré agradecido toda la vida.

Por suerte, he tenido la oportunidad, de poder pedirle perdón en persona. Él me ha repetido una, y otra vez, que no hay nada que perdonar, que sabe perfectamente, que actué, preso de la rabia, que, si hubiera sabido que podía hacerle daño a Triana y a mi hija, jamás hubiera disparado esa pistola.

Y esa es la verdad. Las amo tanto, que, si algo las hubiera pasado, no hubiera sido capaz de seguir adelante sin ellas. Sé lo difícil que es que me perdone, pero por lo menos, necesito que me escuche.

No lo he hecho en este tiempo, porque su estado no es el más adecuado. Necesita tranquilidad. Demasiados disgustos le he dado ya. Necesito que me escuche, pero antes de que pase eso, mi hija tiene que estar en este mundo.

Estoy deseoso de verla, poder tocarla, abrazarla, y decirle lo mucho que la quiero. Lo que su padre va a luchar por ella, y por su felicidad. Ella siempre será lo más importante que voy a tener en la vida.

Recibo un mensaje, que me llena de felicidad.

CUÑADO_05:30

Cuñado, vas a ser padre. Estamos en el hospital central. No tardes, porque no creo que tu hija sea capaz de aguantar mucho más.

En este momento, soy el hombre más feliz del mundo. Espero que Triana me deje estar a su lado, y ver nacer a mi hija. Cojo la chaqueta, y pongo rumbo a mi felicidad.

Triana

—¿Cómo vas, hermanita?

—Con mucho dolor. Esto empieza a ser insoportable.

—Tranquila, pronto pasará. Te queda poco para dilatar, hermanita.

—Tu sobrina va a ser una cabra loca como su tío. Ya apunta maneras.

Suena la puerta de la habitación, y no puedo creer lo que ven mis ojos.

—¿Se puede? —Es Diego. «¿Quién le ha avisado? ¿Qué hace aquí?». Dani se acerca a él, y le saluda.

—Hola, Triana. ¿Cómo estás?

—Hola. He estado mejor. Pero, creo que podré soportarlo.

—Yo salgo un momento a informar a mamá. Cualquier cosa me avisáis. —Dani me guiña un ojo, y se marcha. Está claro que ha sido él el que ha llamado a Diego. Pero, no voy a regañarle. En el fondo, no me importa que haya venido.

—Siento haberme presentado así. Dani me dijo que la niña ya venía, y quería estar con vosotras.

—No me molesta que estés aquí, Diego. Eres su padre. Tienes todo el derecho.

—Siento no haber estado a vuestro lado este último mes.

—Las circunstancias no eran las mejores.

—Tenía miedo de que no quisieras verme. Sé que me equivoqué, Triana. Sé que debí pensar las cosas, y no actuar como lo hice.

Te juro que yo nunca hubiera querido que os pasara nada, ni a ti, ni a mi hija. Te lo prometo. No supe controlarme, y me he sentido la peor persona del mundo, cada día que ha pasado.

—Aunque no lo creas, sigo sin entender cómo pudiste exponernos de esa manera. Si Alessandro no se hubiera puesto en medio, nos podrías haber matado. Y también podrías haber matado a Alessandro. Por suerte, se recuperó, pero podría haber pasado una desgracia.

—No tengo excusa. Lo sé. Actué mal, y solo espero que puedas perdonarme algún día. A Alessandro ya le pedí perdón.

—¿Has visto a Alessandro?

—Sí. A los pocos días de salir del hospital, quedé con él. Le debía una disculpa.

—Pero..., si él estaba en mi casa. No me dijo nada.

—Yo le pedí que no lo hiciera. No te enfades con él.

—La vida parece que se ha puesto de acuerdo para separarnos una, y otra vez.

—Yo creo que nunca podrá separarnos del todo, nena. Nuestro amor es mucho más grande, que cualquier obstáculo que se nos presente en el camino.

—Yo ya no sé qué creer.

—Ya no te acuerdas, cuando me pedías más de lo que te daba. Y ahora que estoy perdidamente enamorado de ti, ¿vas a decirme que no tenemos nada que hacer?

—Solo quiero saber que esto va a funcionar. Que se van a acabar los problemas entre nosotros, y que, por fin, vamos a ser felices.

—Los problemas, siempre estarán, nena. Eso son las relaciones, superarlos día a día, y no dejar que superen al amor.

Tú me demostraste que mi vida volvía a tener sentido, que merecía la pena volver a creer en el amor. Que podía enamorarme de nuevo, y ser feliz. Solo tú lo conseguiste. Te quiero. Pese a los problemas, a las adversidades, a todo lo que haya pasado entre nosotros. Te amo más que a mi vida,

y no imagino otra felicidad, que no sea al lado tuya y de mi hija.

Os quiero en mi vida, os necesito en mi vida. Y si tú quieres, seguimos adelante con la boda, porque no hay nada que me haga más feliz, que saber que vas a ser mi mujer, para toda la vida. — Mis lágrimas comienzan a caer. Nunca había visto a Diego tan sensible, tan amoroso, tan sincero, tan tierno.

No me hacía falta escuchar estas palabras, para saber lo mucho que le quiero. Nuestro amor es para siempre. Y aunque la vida nos ponga mil obstáculos. Juntos, los superaremos siempre.

—Te quiero, y eso no hay nada, ni nadie que pueda cambiarlo, Diego. Llevo demasiado tiempo enamorada de ti, y pienso quererte hasta mi último día. Yo también quiero vivir a tu lado, y al lado de mi hija, porque no me imagino un plan mejor para los próximos años. —Nos besamos, y yo me retuerzo.

—¿Estás bien?

—Sí. Tu hija quiere salir ya. Está pidiendo pista.

—Entonces, manos a la obra. Voy a llamar a la enfermera.

Por fin vamos a nuestra hija, por fin vamos a ponerle cara. Necesito abrazarla y quererla.

Epílogo

Han pasado tres años desde que Victoria nació, y desde entonces, mi vida, dio un giro de trescientos sesenta grados.

Vivimos en Madrid. Conseguí mi objetivo, y abrimos una sede en Madrid, aunque de vez en cuando tengo que viajar a Italia, por motivos de trabajo.

Por suerte, tengo el mejor marido del mundo, y puedo contar con él para que cuide de nuestra preciosa niña.

Soy esposa, trabajadora, amiga, hija, pero la palabra más grande y de la que más orgullosa estoy, es de ser mamá. Es la mejor experiencia que he vivido nunca, y aunque todo tiene sus altibajos, me defiende bastante bien.

Mi hija, es mi mayor felicidad, y nunca pensé que se pudieran vivir cosas tan especiales con una cosita tan pequeña.

De mi marido, no se puede decir más. Le quiero, me quiere, nos queremos. Me trata como una reina, y junto con mi hija, somos su razón de existir.

Hace dos años que nos casamos. Fue una boda increíble. Como toda mujer sueña. Una boda de princesa. Todo precioso, un día increíble, con las personas que más quiero en mi vida.

Por supuesto, Alessandro no puedo faltar a la boda, y bien acompañado. Él, es el mejor amigo que nunca podré tener, y la mejor persona que he conocido, siempre tendremos un vínculo, que nadie podrá separar, y es que es el padrino de mi hija.

¿Os imagináis quién puede ser la madrina? Su novia. Estrella. Por suerte, actué como celestina, y las cosas terminaron como tenían que terminar.

El día de mi boda, tampoco faltaron mis antiguos compañeros de trabajo y amigos. Era imposible no contar con ellos. Son parte de mi familia.

Hasta hoy, Santi, sigue pudriéndose en la cárcel. Aunque según he oído, es posible que en menos de un año salga por buena conducta. No sé qué pasará cuando eso suceda, pero de momento, no quiero pensar en ello. No quiero que él ocupe ni un segundo en mi mente.

Solo puedo decir, que soy feliz. Que mi vida es completa con toda la gente que tengo a mi lado, y que no necesito nada más. Solo querer y que me quieran.

Las heridas del pasado terminan por sanar, y los recuerdos vuelan con el viento.

Puede que nunca seamos capaces de olvidar, pero quizás, esa sea nuestra mejor arma para seguir viviendo.

Agradecimientos

Quiero agradecer en primer lugar, a una de las personas que hizo que esta historia, después de muchos años escondida, tuviera su final.

Gracias por empujarme a seguir. Por creer en mí, y darle una oportunidad a Diego y Triana.

Hace muchos años, decidí guardarla en un cajón, pero siempre hay alguien que cree en ti más que tú misma. Gracias, Joaky.

También agradecer a cada una de las personas que día a día, me siguen por Facebook, que, con sus comentarios, hacen que mis días sean mejores, y que hacen que siga escribiendo. Gracias, y gracias. Sin vosotras, nada sería posible. Gracias por vuestra confianza y cariño.

Os espero pronto.